

¿QUIÉN
MATÓ
A
LAURA
COVES?

PABLO POVEDA

Un cadáver abandonado en un pantano. Dos familias poderosas, una operación millonaria y el control de una ciudad en juego. Honor, venganza y corrupción. Cuando la inspectora Agulló acepta su primer caso, encuentra una investigación llena de secretos.

Pero lo peor está por llegar: ¿tendrá precio su silencio?

Índice

Capítulo 1

Capítulo 2

Capítulo 3

Capítulo 4

Capítulo 5

Capítulo 6

Capítulo 7

Capítulo 8

Capítulo 9

Capítulo 10

Capítulo 11

Capítulo 12

Capítulo 13

Capítulo 14

Capítulo 15

Capítulo 16

Capítulo 17

Capítulo 18

Capítulo 19

Capítulo 20

Capítulo 21

Capítulo 22

Capítulo 23

Capítulo 24

Capítulo 25

Capítulo 26

Capítulo 27

Capítulo 28

Capítulo 29

Capítulo 30

Capítulo 31

Capítulo 32

Capítulo 33

Capítulo 34

Capítulo 35

Capítulo 36

Capítulo 37

Capítulo 38

Capítulo 39

Capítulo 40

Capítulo 41

Capítulo 42

Capítulo 43

Capítulo 44

Capítulo 45

Capítulo 46

Capítulo 47

Capítulo 48

Capítulo 49

Capítulo 50

Capítulo 51

Capítulo 52

Capítulo 53

Capítulo 54

Capítulo 55

Capítulo 56

Capítulo 57

Capítulo 58

Capítulo 59

Capítulo 60

Capítulo 61

Capítulo 62

Capítulo 63

Capítulo 64

Capítulo 65

Capítulo 66

Capítulo 67

Capítulo 68

Capítulo 69

Capítulo 70

Capítulo 71

Capítulo 72

Capítulo 73

Capítulo 74

Capítulo 75

Capítulo 76

Capítulo 77

Capítulo 78

Capítulo 79

Capítulo 80

Capítulo 81

Capítulo 82

Capítulo 83

Capítulo 84

Capítulo 85

Capítulo 86

Capítulo 87

Capítulo 88

Capítulo 89

Capítulo 90

Capítulo 91

Capítulo 92

Capítulo 93

Capítulo 94

Capítulo 95

Capítulo 96

Capítulo 97

Capítulo 98

Capítulo 99

Capítulo 100

Capítulo 101

Capítulo 102

Capítulo 103

Capítulo 104

Capítulo 105

Capítulo 106

Capítulo 107

Capítulo 108

Capítulo 109

Capítulo 110

Capítulo 111

Capítulo 112

Capítulo 113

Capítulo 114

*A mi familia, a Ana, a Pedro, a Elche, mi ciudad,
y a ti, que me lees y me das la oportunidad de
seguir soñando.*

Nota del autor

Este es un trabajo puramente de ficción. Todos los nombres que aparecen son ficticios y no se corresponden con la realidad. Sin ánimo de ofender a nadie, para esta obra, he utilizado un lugar como contexto para narrar una historia sobre diferentes personajes. Cualquier parecido con la realidad será el que la persona que lea este libro quiera darle.

«Mi pueblo es muy serio, mi pueblo es una palabra muy seria, Elche es una palabra muy seria históricamente desde el neolítico, Elche no se fundó ahora... Por aquí pasó Amílcar Barca, César Augusto, infinidad de personajes que ahora están en otro planeta... Elche no es de hoy... ¡Y el que no se sienta ilicitano que se muera y que se vaya!».

Sixto Marco.

1

Quinientos metros más y habría terminado su entrenamiento diario.

La mañana comenzaba a ser calurosa en la ciudad de Alicante. El sol repicaba en la playa del Postiguet a medida que se acercaba el mediodía y la abundante masa de turistas transitaba en sendas direcciones por el paseo.

El sudor empapaba su pecho, notaba la humedad en los brazos y la boca reseca tras una hora sin pausa.

Correr le ayudaba a sentirse mejor, a silenciar la mente, aunque no era una aficionada a los deportes. No le gustaba el yoga, ni la meditación. Lo había probado todo y aquello era lo único que le funcionaba.

Marta Agulló se movía rápido, a un ritmo que superaba el de la mayoría de los corredores que encontraba por el camino. Para ella era lo habitual. Las pruebas de acceso al Cuerpo no le habían resultado complicadas.

Atravesó el paseo de la playa, acompañada por el ritmo machacón de la música electrónica que salía por sus auriculares y continuó por el bulevar del puerto. A la altura del cruce que llevaba a la Explanada, vislumbró un grupo de extranjeros que esperaban a que el semáforo cambiara de color. Todo sucedió en cuestión de segundos.

De pronto, sus sentidos se agudizaron y vio cómo la mano de un carterista accedía al bolso de una mujer de cabello rubio. La turista no notó su presencia hasta que sintió el tirón en su cuerpo.

El grito de la víctima provocó la confusión.

El círculo del paso de cebra se deshizo y los transeúntes que cruzaban desde el otro lado formaron una masa heterogénea.

Agulló no lo pensó dos veces.

Cuando el ladrón pegó el primer tirón, echó a correr por el paseo marítimo, en dirección a la antigua lonja de pescado.

Su padre siempre le decía que un agente no descansaba, incluso cuando no estaba de servicio.

Agulló salió disparada tras el ladrón, aumentando la velocidad y también el ritmo cardíaco. La fatiga se hacía presente en su cuerpo. Empezaba a sentir la deshidratación después de una hora corriendo. Ignoró las señales de su organismo y se concentró en el objetivo.

El delincuente era un varón delgado, de baja estatura, moreno y con el pelo rizado. Por su apariencia, ella pensó que no pasaría los veinticinco años y también que no tardaría en agotarse. Poco a poco, recortaba la distancia con él, pero aún estaba lejos de alcanzarlo.

El ladrón giró el rumbo, bordeando el Club de Regatas y adentrándose en la peatonal que llevaba al centro comercial Panoramis. Ella debía apresurarse. Si el sujeto entraba en los grandes almacenes, lo perdería de vista.

Cuando el muchacho parecía dirigirse hacia la puerta principal, un grupo de jóvenes le obstruyeron el paso y le obligaron a cambiar de dirección. Agulló apretó los puños, llenó los pulmones doloridos por la carrera y aumentó el ritmo, a pesar del cansancio. Cada zancada era más larga y también más sufrida, pero lo tenía acorralado.

La muchedumbre de la entrada, que parecía formar parte de una visita guiada, entorpecía el camino de la agente.

—¡Policía! ¡Apártense! —gritó a viva voz.

Las palabras disuadieron a los viandantes, que abrieron un pasillo. La presencia de ambos llamó la atención de